

41

9-43

LA MUJER EN LA VIDA MODERNA.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala: \_\_\_\_\_

Estante: \_\_\_\_\_

Numero: \_\_\_\_\_

102  
E 102 (41)

... y Pand. de ... os de J. A. García.

A. 28775

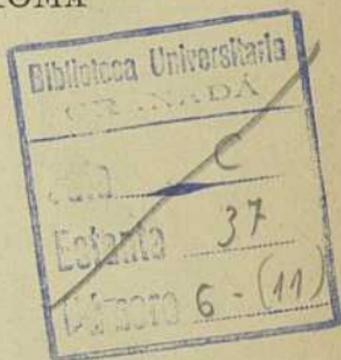
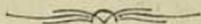
LA MUJER  
EN LA VIDA MODERNA

CONFERENCIA PRONUNCIADA

EN EL FOMENTO DE LAS ARTES

POR

JOAQUIN MARÍA SANROMÁ



MADRID  
CASA EDITORIAL DE MEDINA  
calle de San Nicolás, 11.  
1880

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

Numero:

008 (41)

---

Imp. y Fund. de la Viuda é Hijos de J. A. García.

R. 28775

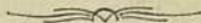
LA MUJER  
EN LA VIDA MODERNA

CONFERENCIA PRONUNCIADA

EN EL FOMENTO DE LAS ARTES

POR

JOAQUIN MARÍA SANROMÁ



MADRID  
CASA EDITORIAL DE MEDINA  
calle de San Nicolás, 11.  
1880

7403

## SEÑORES:

Dudo que ofrezca la historia otro destino tan singular como el de la mujer en todos tiempos. Climas, costumbres, religiones, gobiernos: la legislación, el arte, la ciencia, el estado social; todo sucesivamente ha ido señalando á la mujer misiones especiales, raras, variadas, caprichosas, y á veces las más contrapuestas. Unos la han levantado templos, dándole por imperio un cielo: otros la rebajaron humillándola en el polvo: unos, á fuerza de espiritualizar á la mujer, quisieran borrar de las imaginaciones aquella su envoltura corpórea, aquella hermosura y aquellos encantos, producto sublime de la plástica divina, ante los cuales se quebrantan las voluntades más firmes, se dobla la más ruda cerviz y se rinden las mejores fortalezas:

otros, á fuerza de materializarla, no la conceden más atributo que el de ser reina de los placeres: para unos, deberíamos abdicar todo poder y toda autoridad en manos del sexo débil; para otros el papel de la mujer debe reducirse á ser una de tantas piezas obligadas del gran mecanismo social ó acaso un mero instrumento de dominacion hábilmente manejado por determinadas clases. En una palabra: las funciones de la mujer en el mundo físico, en el orden fisiológico, no las discutimos nunca, porque nos las imponen los sentidos y las mismas condiciones de su vida externa; las funciones de la mujer en el mundo moral y en el orden psicológico, no han llegado á fijarse de una manera definitiva; y la prueba está en que se siguen discutiendo.

No sucede lo mismo con los hombres. Las funciones morales y sociales del varón están tan perfectamente definidas como pueden estarlo sus funciones físicas. Discutimos la repartición de trabajos dentro del sexo masculino: no discutimos jamás la competencia del sexo para aquellos trabajos. Así, por ejemplo, en la esfera política, hace siglos que está empeñada la lucha para averiguar si los hom-

bres hemos de dividirnos en gobernantes perpétuos y perpétuos gobernados; si el gobierno ha de pertenecer á una familia, ó á una clase, ó á varias, ó á todas las clases sociales sin distincion por medio del sufragio universal ó por otra participacion más ó ménos directa en la vida pública. En la esfera económica reñimos con desusado calor sobre si hemos de dividirnos en trabajadores y desocupados, en libres y esclavos, en capitalistas de raza y operarios por azar del nacimiento; así como en la esfera moral y religiosa, tratamos de indagar si la humanidad puede estar en contacto inmediato y directo con el Infinito, ó si ha de haber siempre intermediarios forzosos entre Dios y el hombre.

Pero tomad el sexo masculino en conjunto, y toda duda desaparece; y pueblos bárbaros y pueblos cultos, y salvajes y civilizados, todos unánimemente convienen en reservar al sexo llamado fuerte un mismo lote de atribuciones: la actividad, la energia, el mando, el gobierno, la guerra, el sacerdocio, la direccion del arte, la direccion del espíritu. Todo es aquí perfecta unidad de miras: todo obedece á un maravilloso concierto.

Un punto hay, sin embargo, que ha tenido el privilegio de concertar las opiniones sobre el destino moral de las mujeres. Este punto es la familia. Recorred la escala de las civilizaciones: comparad entre sí los sistemas filosóficos y las creencias más arraigadas en la conciencia de los pueblos; siempre notareis una marcada tendencia á ir concentrando la misión moral de la mujer en el seno del hogar doméstico. Pero, aun en este terreno tan concreto, ¡qué variedad de matices en la opinion, y cuántas dudas, y cuántas distinciones, y qué reñida controversia! Tambien aquí, mientras unos lo conceden todo á la mujer en la familia, otros la consideran como un simple elemento de ella; si para unos debe tener entre los suyos una alta autoridad y el mayor prestigio, otros la condenan á representar un papel pasivo, subalterno, de resignacion y de obediencia; si algunos, llevados de un noble entusiasmo, confiarían á la mujer la direccion suprema del hogar, otros ménos galantes y sobre todo ménos justos, casi casi la reducirían á las prosáicas funciones de la economía casera. De modo que, aun en aquello que parece ser patrimonio exclusivo del sexo feme-

ninó; aun en aquello que toca más de cerca á su delicada esencia, diríase que hemos puesto singular empeño en ir disputando palmo á palmo á la mujer sus atribuciones y prerogativas; y tan crueles hemos sido los hombres, y tan despiadados, que, sin miramientos ni respeto al más íntimo y al más natural de los santuarios, allí hemos penetrado y allí, con la frialdad de un artífice, hemos querido justipreciar el valor intrínseco de la triple corona que ciñe la frente de las mujeres: la corona de esposa con sus purísimos amores; la corona de hija con sus cariños inefables; y otra corona más rica todavía, que es el orgullo de la mujer y que siempre la envidiaremos los hombres; otra corona más excelsa, cuyo nombre parece profanarse cuando se escribe en los códigos humanos, porque es un nombre que pertenece de derecho al código divino: el nombre dulcísimo de madre. (*Bien, bien.*)

Señores: Al ver tanta y tantísima vacilacion para conseguir lo que podria llamarse la clasificacion moral del sexo femenino, ¿qué tiene de extraño que la mujer se dé por resentida y que la oigamos exclamar muy á menudo: ¡Ah! ¡cómo se conoce que los hombres



son los que han hecho las leyes! Por fortuna (y dispénsenme las señoras que tienen la bondad de escucharme), por fortuna no toda la culpa es nuestra; porque cuando la duda y la vacilacion son obra de tantos siglos y expresan la voz de miles de generaciones, es que la vacilacion y la duda no obedecen á un mero capricho; es que hay aquí algo natural, algo que responde á la misma constitucion moral de la mujer; y ese algo yo lo condensaria en una sola frase: la ley de los contrastes.

Cuando un poeta de la antigüedad llamaba al sexo femenino *varium et mutabile*, que es como si dijéramos veleidoso; cuando el gallardo Francisco I escribia con su anillo en el cristal de un balcon, aquel famoso mote *souvent femme varie*, creedme, el poeta y el enamorado rey hablaban simplemente por despecho; y si más tarde la filosofía ha querido encontrar en aquellas frases un pensamiento sério y levantado, creedme tambien, aquel pensamiento no redundaba en desdoro de la mujer, sino en su honra y en su elogio.

Hablo de contrastes; y decidme, ¿qué otro sér los ofrece en la naturaleza, ni más bellos, ni más constantes, ni más variados? Si es ver-

dad, como aseguran, que la mujer representa en la creacion el más acabado de los tipos artísticos es, porque para ella se ha reservado el admirable don del colorido, de los tonos, de los matices, de las combinaciones de luz y sombra, que son la verdadera mágia del arte; es que en la misma esencia de la mujer reside el secreto del claro-oscuro, de aquel mismo claro-oscuro que tanto os cautiva y embelesa cuando estudiais los cuadros de un gran maestro, ó cuando un cantor privilegiado va destilando en vuestras almas las inspiradas notas de su repertorio, ó cuando, dejando los primores del arte humano por las excelencias del arte divino, vais á situaros delante de un paisaje natural y allí permanecéis mudos, estáticos, arrobados, escuchando de un lado el rumor de las olas que revientan contra las peñas, y al propio tiempo en torno vuestro el susurro del viento matinal que suspira entre el follaje; viendo los rayos del sol que doran las altas cumbres, y al mismo tiempo, allá á lo lejos, en el horizonte, la masa de nubes pardas que lleva en sus flancos el rayo y avanza preñada de tempestades.

(Aplausos.)

Sí, señores; prodigio de claro oscuro y de contrastes es la mujer. Vedla en el consejo. Si por las dificultades de la vida teneis que apelar á su opinion para tomar una resolucion decisiva, ¡qué inexperiencia á veces! Pero en otras ocasiones ¡qué tacto, qué tino, qué habilidad, qué prevision, qué profunda intuición del porvenir! ¡Y cómo sabe adelantarse á aquello que jamás hubiera podido adivinar el más amaestrado de los hombres!—Si tratais de hacerla penetrar en el campo de la ciencia, podrá ser que la encontreis difícil, rebelde y refractaria á la luz; pero podrá ser tambien que, cuando ménos lo espereis, se eleve de repente á las más altas abstracciones y tome en un momento posesion del muudo del espíritu.—Esplicadle un fenómeno raro y complicado, pero natural; tal vez la vereis perpleja y desconfiada, con la duda en el semblante y la sonrisa en los lábios; dadla lo sobrenatural, y tan creyente la hallareis y tan firme y tan ciegamente resuelta á seguiros y á escucharos, que para ella parecen haber nacido los portentos de la fé y para ella haberse creado los grandes fanatismos.—Un dia os convertirá en prosa lo que creeis poesia; pero en cambio

si quereis averiguar hasta donde alcanza en la mujer el culto de lo maravilloso, ved como sabe idealizar lo infinitamente pequeño, y como á lo mejor su viva fantasía puebla los aires de génius ó de fantasmas, y cómo brotan flores de todo cuanto toca y todo lo viste de rosa y azul, y cómo sabe trocar la escena más vulgar de la vida en un cuento de hadas ó en una leyenda oriental donde se agitan en revuelto torbellino ángeles y endriagos, Dios y Satan, lóbregas cavernas y encantados edenes.—Ama con frenesí, pero ódia sin piedad; sus antipatias son crueles, temerarias, invencibles, inexplicables; sus simpatias hermosas, espontáneas, eternas é inconscientes.—Es dura en la contrariedad; pero sus habituales ternuras son un tesoro tal, que con razon se ha llamado el maná de todas las almas y el hálsamo de todas las aficciones.—Sus iras son mortales: sus calmas profundas y serenas: sus venganzas terribles, sus celos insensatos, sus perdones infinitos.—Altiva, cuando el demonio de la soberbia hace presa en su espíritu; humilde hasta la santidad cuando adquiere la conciencia de su propia flaqueza: prodigio de obstinacion en determinados casos;

de ordinario flexible y blandamente entregada á las más flojas voluntades; tímida ante el más pequeño riesgo, firme y denodada ante los mayores peligros, sabiendo ser, si la ocasión lo exige, alma de los movimientos populares, emblema nacional en las guerras de independencia, pasmo de serenidad en el martirio, heroína en los combates.—Para los placeres infatigable, pero ejemplar en el sufrimiento, soportando, con varonil entereza, no solamente los dolores físicos que la son peculiares, sino también aquellos acerbísimos dolores morales que suelen quebrantar al nuestro; y por esto la mujer, tan inclinada á sufrir, es amparo soberano de los ajenos sufrimientos; y por esto entre las nobles prendas que la adornan, sobresale una prenda nobilísima, la abnegación.—Incansable junto al lecho del enfermo, inconsolable al pié de la tumba querida, ángel de los hospicios, providencia de las cárceles, amoroso encanto del niño desvalido; joyas preciadas del corazón, señores, que van á reflejarse todas en aquel modelo inimitable de la hermana de la caridad, ante la cual enmudecen las críticas más severas y á cuyas plantas corren á

estrellarse los mayores descreimientos. (*Grandes aplausos.*)

Tal es la mujer, según ley de la naturaleza: tal ha llegado hasta nosotros, según ley de la historia. Pretender buscar un tipo predominante en el fondo de esta antítesis eterna, sería temerario empeño; pero es fácil, curioso y por demás instructivo examinar los varios conceptos bajo los cuales se nos aparece la mujer en el decurso de la historia.

Cuatro son los grandes ideales que ha tenido la mujer:—el ideal antiguo—el ideal místico—el ideal oriental—el ideal moderno.

Se ha dicho que la antigüedad no supo ver en la mujer más que la belleza física; y nada tan natural, señores, porque, en la infancia de los pueblos y en la infancia de las ideas, el fenómeno que primeramente hiere los sentidos, es también aquel que atrae primero las imaginaciones. Cuando contempláis el disco solar ¿no os parece que es un mero satélite de la tierra antes de que la astronomía os demuestre lo contrario? Y cuando la fuerza animal ó la furia del vapor os arrastran en rápida carrera ¿no creéis que corren en sentido inverso las tierras y las aguas, los prados, los



valles, las colinas y las altas montañas, antes de que os diga lo contrario la física? Así también bajo aquel cielo sereno de la Grecia, en medio de aquella naturaleza rica, esplendorosa, pintoresca, muelle y tan pródiga de sonrisas, la mujer debía resplandecer, ante todas cosas, por sus solos atractivos corporales: como resplandece un diamante de purísima luz entre todas las galas de la desposada, antes de que hayais llegado á descubrir en ella otras mejores galas, que son las prendas de su alma.

Por esto el arte antiguo no acertaba á descubrir en la mujer más que realidades plásticas; y de mil maneras las diversificaba y con mil colores las vestia; y teniais en Ceres la belleza de la robustez, y en Juno una belleza arrogante, y en Minerva una belleza severa, y en Diana una belleza pálida y delicada, y en la Bacante la belleza fogosa y lasciva y en Vénus la belleza suprema, la belleza clásica, el prototipo de todas las bellezas. Y así y no de otra manera las celebraron Homero y Píndaro en versos inmortales; y Fidias y Praxiteles las reprodujeron en el duro mármol con todos los encantos del desnudo, y el pincel de Zeuxis

y el pincel de Apeles añadieron á esos encantos las ilusiones de la vida real con el realce del colorido.

Permitidme, sin embargo, una observacion muy digna de tenerse en cuenta y que, aun entre los antiguos, revela cierto progreso en las ideas. Verdaderamente no todo concepto de belleza es puramente físico en la antigüedad. En varios de sus tipos comienzan ya á dibujarse algunos contornos morales. Si la diosa de Pafos y Citeréa es pura sensualidad, y es pura liviandad la Bacante, en cambio Juno y Cibeles, Diana y Minerva representan un concepto algo más ideal, algo que está por encima de la materia. En la historia clásica, en su mitología, en sus creaciones artísticas, hay como una especie de vaga adivinacion de que detrás de las ventajas del cuerpo, existe una belleza más augusta, que reside toda en el espíritu. Si el mismo Homero sabe pintaros en la bella Helena un portento de hermosura y gentileza, tambien os pintará en Hecuba el cariño de familia, en Andrómaca la ternura, en Penélope la constancia conyugal, en Calipso el torcedor de los celos; como más tarde los romanos personificarán

en Lucrecia el heroismo del deber; en Veturia el prestigio de la maternidad, en la madre de los Gracos la entereza de carácter y el sentimiento de la Pátria.

Vinieron otros tiempos y con ellos vino la reaccion en sentido totalmente opuesto; porque de acciones y reacciones vive constantemente la historia. Fuertes creencias y tras ellas el escepticismo; tras de la inercia, el delirio del trabajo: tras la fiebre del oro, el despegó de la materia; tras del sensualismo, el idealismo puro; tras del concepto brutal de la mujer, el ideal místico de la Edad Media. Aquel primer período de la Edad Media todo de barbárie, pero tambien todo de fervor; aquel período que nos anunciaba como tipos superiores de eleccion divina, las maceraciones del anacoreta, los rigores del cláustro y la osada esbeltez de las agujas góticas; aquel fué tambien el período que nos dió de la mujer el concepto místico más refinado. Y este concepto místico no os molesteis mucho en buscarlo; tambien lo hallareis reflejado en el arte, en el arte de aquellos tiempos.

¿Recordais los famosos retablos que hoy se guardan como una joya en los museos pú-

blicos ó en colecciones particulares, ó que adornaban ó que adornan todavía algunas de nuestras antiguas basílicas? Aquellas figuras macilentas, largas y estiradas; aquellas cabezas caídas; aquellos brazos desmayados, ¿qué son si no la muda expresión de un arte que huye sistemáticamente de toda forma exterior que pueda hacer impresión en los sentidos? Nadie dirá que aquellas son mujeres; y como advierte un ingenioso escritor, nadie las distinguiría de los hombres, á no ser por la larga cabellera, la falta de barba y el corte especial de la vestimenta. Diríase, por el contrario, que allí se reproduce, en toda su desnudez, el arte primitivo, como si no hubiese existido el arte griego; diríase que aquellos bienaventurados maniqués son hermanos gemelos de las toscas imágenes egipcias esculpidas en los monolitos, ó de las groseras figuras japonesas ó chinas impresas en seda ó en papel, sobre laca ó sobre porcelana.

Pero ¡ah! ¡qué profundo sentido histórico encierran aquellas pinturas de retablo! Son la lógica de su tiempo. Esas mujeres que veis allí desgarradas, sin gracia ni galanura, son la encarnación perfecta de un sentimiento re-

ligioso, pero extremado, que ponderaba á los ojos de la mujer las excelencias de la virginidad sobre las excelencias del matrimonio; que incesantemente, un dia y otro dia pedia para la mujer la contemplacion antes que las labores del sexo, el éxtasis antes que la razon serena, la vida conventual antes que la vida de familia.

Pero, señores, no hay que hacerse ilusiones. Es inútil violentar la naturaleza, porque ella protestará en el acto. Ya habeis visto cómo supo protestar contra el realismo antiguo buscando algunos contornos morales. No lo dudeis: tambien sabrá protestar contra el idealismo de la Edad Media poniéndole contornos materiales. ¿Quién se encargará de esta protesta? Precisamente el mismo retablo.

Cuantos conocen la historia del arte saben que, si en los retablos de la Edad Media se nota algunas veces la ausencia total de dibujo y de composicion, tambien suelen distinguirse por dos cualidades eminentes; el color y la expresion de los semblantes. Cuando al caer de la tarde, bajo las anchas naves de una catedral gótica, al través de la luz crepuscular, que penetra por los grandes roseto-

nes esmaltados de vidrios multicoloros, en medio de aquel profundísimo silencio solamente interrumpido por la lenta y solemne armonía del canto llano, ó por las ráfagas de viento que azotan la gigantesca mole de piedra, cuando allí, en el fondo de un altar, entre dos estatuas yacentes, os parais á contemplar un viejo retablo, ¡con qué elocuencia salta á vuestra vista el espíritu dominante en aquellas obras pictóreas! ¡Y con qué verdad, y con qué terrible realidad á veces, el pintor anónimo ó ignorado de la Edad Media, ha sabido retratar en aquellas fisonomías apenas esbozadas, los más íntimos detalles de la leyenda mística, la austeridad del monge, la compuncion de la vírgen, la plácida majestad del arrobamiento, la rabia de Luzbel ó la desesperacion del condenado! Acercaos algo más, y tal vez en un rincon de aquella tabla tosca, mugrienta y carcomida por los siglos vereis asomar un rostro de gentil belleza. Es un ángel ó una mujer. Allí está la protesta del realismo; allí en aquel punto es donde el desconocido artista quiso rendir culto á la hermosura terrenal; como si por un momento hubiese tratado de romper las ligaduras místicas que le oprimian;

como si hubiese pretendido recordarnos á nosotros, sus admiradores futuros, que también él pertenecía á la tierra; como si en medio de las espesas tinieblas de aquel mundo de espectros, hubiese podido adivinar entre sueños, los peregrinos rostros que pintará un día Rafael, ó las maravillosas vírgenes que inmortalizaran á Murillo.

Dejad que pasen algunos siglos, y esta obra de resurreccion de la carne que empieza en el retablo concluirá en el Renacimiento. Desde la época del Renacimiento ya el ideal místico de la mujer no se limita á tomar de la belleza física algunos ligeros esbozos; ya el pintor más fervoroso trata de llevar á la escena artística la mujer completa, la mujer en toda su realidad, en toda la esplendidez de sus formas. El arte griego y el arte cristiano parecen vaciarse entonces en un mismo molde. El artista creará hacer una obra meritoria representando con los atavíos de la hermosura profana los tipos sobresalientes de la cristiana epopeya, desde la belleza mundanal de la Magdalena arrepentida, hasta la celestial belleza de la Madre de Dios y de las vírgenes consagradas en los altares; y á tal punto lle-

gará entonces el afán de realismo, que en vez de robar al cielo el secreto de la hermosura, parece como que se intenta revelar este secreto á los cielos mismos; y María y las santas y las angélicas cohortes aparecerán en el lienzo ó en la tabla como meras semblanzas de todos aquellos séres que el pintor adora más en la tierra, como simples retratos de sus madres ó de sus hijas, de sus esposas ó de sus amadas.

Señores, en esta série histórica de la mujer, el ideal oriental forma un mundo aparte, si es que la palabra ideal puede tomarse aquí en el sentido que acostumbramos darle los occidentales. Por de pronto no os fieis de las estampas de salón que representan á la mujer oriental rodeada de ciertos esplendores, ricamente ataviada, recostada en un diván, recibiendo de manos de la esclava la dorada taza ó el afligranado pebetero, la guzla negligentemente abandonada, y en sus ojos aquel fuego ó aquella mortal languidez que son el encanto de nuestras españolas. Siquiera hay allí algo de poesía, la poesía de la mirada, la poesía del ropaje, la poesía del perfume, la poesía de los pliegues artísticamente combinados en la mágica estancia.

No; no busqueis la mujer oriental en las producciones del arte, como habeis buscado la mujer antigua y la mujer mística. La mujer oriental, y sobre todo la mujer árabe, buscadla un poco más abajo: en el aduar, en el harem, en el bazar, en la tienda musulmana. Allí vereis, como última palabra de la belleza, una crasitud enorme fomentada á fuerza de un régimen alimenticio que envidiarían nuestras aves de corral y nuestras reses de cuchillo: como secreto del atavío, los afeites groseros, las cejas formando arco sobre la frente, las uñas teñidas de negro, de rojo ó de amarillo. Ni instruccion, ni educacion especial, ni cultura del espíritu. El pudor imposible, porque el espeso velo que tapa aquellos rostros, dicho se está que no es antemural de la fidelidad ó del candor, sino defensa material contra la liviandad y contra la codicia del bien ajeno; la ociosidad absoluta en la mujer rica, el trabajo de la bestia para la mujer del pobre. Así ha vivido largos siglos la mujer en Oriente, y así vivirá otros tantos, nula, pasiva, esclava, hembra más que mujer, manchada por la poligamia, embrutecida por el fatalismo, degradada por la compra y venta, que

hace allí las veces de contrato nupcial. Así ha vivido y vivirá mientras subsistan las creencias é instituciones en que está basada su existencia, y mientras no sufra una transformación completa el estado social de los pueblos orientales: testimonio elocuentísimo de que bajo cualquier forma de civilización no conseguireis variar la condición de la mujer si no empezais cambiando cual corresponde la condición del hombre.

Esta última consideración nos lleva, como por la mano, á hablar del ideal moderno de la mujer, que es para nosotros el punto más importante. ¿Dónde está este ideal moderno? Pregunta, al decir de algunos, de muy difícil respuesta. ¿Existe siquiera un ideal moderno? ¿Existe una vida moderna que responda al desenvolvimiento de aquel ideal? Otra pregunta no ménos complicada. La vida moderna la niegan resueltamente algunos, porque la desconocen: otros, que la conocen, la afirman; pero duramente la combaten. No tenemos nosotros para qué fijarnos en estas exageraciones. La vida en general, la vida del individuo y la de la sociedad encierran un misterio tan profundo, que nadie, que yo sepa,

se ha atrevido hasta ahora á definir las en su esencia. Pero la vida en general, y con ella la vida moderna, podrian decir como Jehovah: «*ego sum qui sum*, yo soy quien soy; yo soy porque soy:» y basta que nos expongan sus fenómenos para saber que existen, como le bastaba á Diógenes moverse para contestar al que negaba el movimiento.

¡Dudar de la realidad de la vida moderna!  
 ¡Escupirla al rostro ó cubrirla de anatemas!  
 ¡Qué extraña aberracion y qué supremo delirio! Esos que la niegan, ¿no la distinguen, no la descubren en todo lo que ven y en todo cuanto tocan? Esos que la maldicen, ¿no la sienten palpar en sus propios corazones? La astronomía, paseándose por los espacios, antes imaginarios, hoy medidos con precision matemática y casi con firme planta recorridos; el sol traído á la tierra por el telescopio, estudiado en su constitucion física, trocados sus rayos en pinceles que dibujan imágenes y formas á nuestra voluntad y á nuestro capricho; la química sondeando las intimidades de la materia, y llevando la revolucion á la medicina, á la agricultura, á las artes tintóreas; la música sacando prodigios del metal

y de la cuerda, ú obrando sobre inmensas masas vocales que parecen el eco de un pueblo entero; la mecánica, la física, la industria, colmándonos diariamente de mercedes con la rueda, con la palanca, con la hélice, con el vapor, con la telegrafía, con la luz eléctrica, con el teléfono: decidme, ¿son estas ilusiones de la vanidad ó alardes del orgullo humano, ó son más bien conquistas decisivas de una civilización que no tiene punto de reposo, de un progreso que no siente la fatiga ni el decaimiento? Mirad en otro sentido, y vereis los antiguos aislamientos sustituidos por ese roce continuo que liga á los pueblos y los estrecha: los Océanos abiertos, los montes perforados, las regiones ignotas conocidas, el fondo de las aguas cruzado por el cable y estudiado por la geología; el derecho internacional formulado; la guerra siempre cruel, pero más sábia, más razonada, ménos frecuente y ménos duradera; los instrumentos de producción, poderosos; los de destrucción, formidables; suavizadas las costumbres, digan lo que quieran los pesimistas; el crimen, es decir, la animalidad, tenaz y altanero; pero la represión, es decir, la majestad

de la ley, ménos brutal, sensata la penalidad, suprimida la tortura, la Inquisicion abominada; la estadística y el sentimiento público preocupados constantemente en favor de todo aquello que llora, sufre ó espera; la redencion para el esclavo, el preso consolado, el hospital abastecido; las hambres que asolaban antes comarcas enteras, hoy prevenidas ó curadas con la libertad de comercio; las calamidades públicas arrancando alaridos nacionales, y acuñando, con la rapidez del rayo, la santa moneda de la caridad, entre propios y entre extraños; colosales esfuerzos para socorrer á la mujer y al niño del pobre; recomendada la prevision al operario, y puestos á su alcance la escuela, el crédito, el socorro mútuo, la cooperacion y el ahorro. Y aun en el régimen político, esfinge que los pueblos contemporáneos ven sentada en el dintel de sus puertas, como aguardando una respuesta que nunca acaba de llegar; aun en el régimen político, la vida moderna brilla con intensísima luz y muestra una fuerza incontrastable; porque el concepto de ciudadano prevalece ya sobre el de vasallo; porque en todas partes la autoridad, por dura que quie-

ra ser, tiene que moderarse con variedad de temperamentos, desde los más benignos del régimen parlamentario, hasta los más sólidos y resistentes de la democracia; porque la libertad ha conseguido tener sus órganos propios y robustos en los Congresos, en la prensa, en las asociaciones y en los *meetings*; órganos que en vano pretenden destruir los Gobiernos mal aconsejados, puesto que reaparecen al siguiente día; porque la libertad es prenda de tanta estima, que aun aquellos mismos que la condenan y la persiguen, empiezan por rendirle pleito homenaje y profundo acatamiento; y vencedores, ellos son los primeros que la explotan para sus propios fines; y vencidos, ellos son los primeros que la utilizan para sus particulares provechos. (*Nutridos y entusiastas aplausos.*)

Pues bien, señoras y señores: el problema que hay aquí que resolver es muy sencillo. Dados esos fenómenos generales de la vida moderna, ¿qué papel reservamos en ella á la mujer? ¿Cabe volver al modelo de los antiguos? ¿Cabe el modelo ascético? ¿O cabe otro modelo de nuevo cuño, creado por los partidarios de eso que se llama la emancipación

de la mujer? Tres soluciones igualmente funestas, aunque con igual calor acogidas y con igual entusiasmo sustentadas.

Acaso creais, con la mejor buena fé del mundo, que el tipo de la mujer griega, y en general de la mujer pagana, queda relegado á la historia. Debo deciros que os equivocais. Ese tipo vive; ese tipo hay algunos que tratan de resucitarlo y con subidos realces; ese tipo lo hallareis reproducido con frecuencia en la novela y en el teatro. No hay más que una ligera diferencia en la forma. El arte griego os pintaba el desnudo al natural: la novela y el teatro suelen pintaros otra clase de desnudo, que consiste en presentaros como heroínas las mujeres de cierta condicion, ó en extraer de la mujer, con habilidad suma, no precisamente sus virtudes, sino sus vicios, sus debilidades ó sus caidas. (*Aplausos.*) Oigo quejarse muy á menudo de la ponzoña que vierten en las almas las doctrinas positivistas; yo creo que hay un positivismo cien veces peor que el filosófico, y es el positivismo de la empresa literaria cuando se empeña en ser de veras positivista. Tal hombre hay, inclinado al vicio, que puede aprender diariamente, en más

de un folletín, de qué manera se prepara, se urde y se consuma un nuevo delito, ingeniosamente combinado; tal mujer hay que, diariamente también y por poquísimos dineros, tiene sobrados medios de aprender, en la escena, de cuántas maneras y por qué secretos resortes puede faltar á sus deberes.

No he de decir una palabra más sobre este punto, ni tampoco me he de extender en el exámen del opuesto sistema, que consiste en anular á la mujer, encerrándola en un ascetismo, que forma extraño contraste con la actividad y con las necesidades del siglo. Lo que significa este ascetismo; lo que puede llegar á ser como ingerencia y soberano dominio en las familias; los peligros que entraña para la sociedad doméstica y para la sociedad civil, cosas son que darian lugar á muy serias y muy detenidas reflexiones. Permittedme que me las calle, porque los tiempos no son propicios para hablar de ello con la franqueza que me es habitual. Permittedme que me las calle, porque de sobra podeis adivinar.

Pero eso no; no he de callarme en lo relativo á la emancipacion de la mujer: teoría menudamente expuesta en libros y en revis-

tas, predicada en congresos científicos y en congresos populares, y hasta con sobra de benevolencia acogida en algun Parlamento. Este es hoy el gran caballo de batalla: si, dada la exuberancia de la vida moderna, la mujer puede figurar como elemento principal en todas las funciones sociales; si la mujer debe hacer competencia al hombre en todos los terrenos, en la casa y en el taller, en las ciencias y en las letras; en la política y en el gobierno.

Pocas palabras y pocas abstracciones. Para mí, la escuela emancipadora incurre desde luego en dos errores capitales. Primer error: ese mismo nombre de emancipación que usa, porque en todos los pueblos cultos, la mujer está ya realmente emancipada. Segundo error: el falso concepto que tiene aquella escuela de las diferencias naturales entre ambos sexos. Creen los emancipadores que el hombre y la mujer se suplen fácilmente. Es inexacto: el hombre y la mujer no son dos seres iguales, ni antitéticos; son dos seres correlativos. No es que se suplan mutuamente, es que mutuamente se completan. Con solo estudiar la constitución física de la mu-

jer, un distinguido anatómico ha encontrado nada ménos que treinta y dos diferencias esenciales entre la mujer y el hombre. ¿Qué diríamos si aplicásemos á su constitucion moral el mismo finísimo escalpelo? ¿Quién, por ejemplo, no sabe hasta de memoria, que en la mujer predomina lo afectivo y en el hombre la reflexion, que su imaginacion es más viva, su sentir más delicado, sin contar otras y otras muchas cualidades que no refiero por no pecar de prolijo?

Además de incurrir en errores, incurre la teoria de la emancipacion en grandes confusiones. Confunde las mujeres excepcionales con la mujer en general; confunde las razas, entre las cuales puede haber para la mujer tantas diferencias como las hay para el hombre; confunde los tiempos y los estados sociales, suponiendo que lo que hace á veces la mujer por un simple atraso de cultura, eso mismo puede y debe hacer en grados de civilizacion muy avanzados.

¡Las mujeres excepcionales! ¿Quién se atreverá á citarlas como regla comun de la vida? Que haya Safos y Corinas; que haya una Isabel Coello ó una Santa Teresa; una

madame de Stäel, que manejó la pluma como un académico, ó una Mlle. Royer, que trata las cuestiones de impuestos con la profundidad de un docto economista ó con la facilidad de un Ministro de Hacienda, se entiende, de la clase de los sábios (*risas y grandes aplausos*); ¿significa esto que toda mujer, por el mero hecho de ser mujer, tiene aptitud para la poesía ó para la alta especulativa, para la historia ó para las ciencias económicas? Tanto valdria suponer que, por el mero hecho de llamarse hombre, todo filósofo llegara á ser un Platon; todo guerrero, un Cid; todo coplero, un Byron; todo pintor, un Rubens; todo músico, un Mozart ó un Beethoven. ¡Ah! El mundo es empujado por los génios; pero vive de las medianías. Si tanto asombro nos causan aquellas mujeres privilegiadas, es precisamente porque, sin salirse muchas veces del límite natural en los hombres, alcanzan, sin embargo, mayor nivel que las demás mujeres. Por esto las llamamos fenómenos de la naturaleza; y, si quereis, las llamaremos *mónstruos*, ya que, segun parece, esta palabra ha llegado á tener entre nosotros un uso muy corriente. (*Risas.—Aplausos.*)

La raza: ¿cómo no la han tenido en cuenta los partidarios de la emancipacion? ¿Dareis un mismo patron á la americana de linaje, que á la anglo-sajona; á la vivacidad meridional, que á la calma y gravedad de las septentrionales? ¿Y los tiempos? ¿Y el estado social? Una Semíramis, una Isabel la Católica, una Isabel de Inglaterra, una María Teresa, una Catalina II, que gobernaron con gloria vastísimos Estados, podrian acaso ser ménos fáciles, hoy que tanto han variado los resortes del gobierno; cuando los consejos privados, ó los consejeros espirituales, ó los favoritos, han sido sustituidos por los grandes órganos de la opinion pública. La mujer que en París ó en Lóndres lleva la contabilidad ó los negocios de una casa de comercio, será imposible en Constantinopla ó en el Cairo, y más todavía en Tombuctu ó en Aghadés; la que, en ciertas comarcas, tira del arado, mientras el marido fuma tranquilamente su pipa, irá desapareciendo, no porque en vez de competir con las bestias la hagais competir con los hombres, sino por los progresos de la agricultura y por la mejora general de las costumbres.

Después de todo, hemos de ser francos. No encuentro medio humano de justificar la teoría de la emancipación; pero, en mi concepto, tiene esta teoría una explicación muy sencilla. Hemos hablado de acciones y reacciones: la emancipación de la mujer es la reacción natural contra la doctrina de la anulación de la mujer. Ó todo ó nada: esta es siempre la divisa de los partidos extremos. Nada: ¿con qué derecho? Todo: ¿por qué? Para hacer entrar de lleno á la mujer en la vida moderna, ¿es necesario que lo absorba todo, hasta el punto de anularnos á nosotros mismos? ¿Ó es suficiente que le deis, en cada uno de sus elementos, una *participación* sensata, prudente y adecuada á sus naturales aptitudes?

Desde luego aceptad, como base de participación, la familia, ese terreno indiscutible. Si todos convenimos en que la mujer ha de formar al hombre; si aquel calor material con que sostiene al niño en el claustro materno ha de prolongarse, bajo una forma moral, durante la infancia y aún más allá de la infancia, ¡qué vasto campo se abre para la mujer en todos los fines de la moderna existencia!

Eso de formar moralmente al hombre, era en otras edades tarea muy sencilla, ó, como dirian los filósofos, *simplista*. En Esparta, la mujer formaba al luchador; la de Atenas, al legislador ó al artista; en Cartago, al mercader; en Roma, al guerrero; y despues, cuando imperó en Europa una especie de ley de castas, la mujer, si era noble, tenia que modelar al niño para el mundo ó para el combate; si plebeya, para un oficio; noble ó plebeya para una profesion liberal, para el claustro ó para el servicio del altar.

¡Qué diferencia de tiempos, señores! Nunca ha podido decirse con más propiedad que hoy que el hombre es un mundo abreviado. Sois escultores: la curiosidad os lleva á visitar una rica cantera de blanquísimo mármol; ¿qué podrá salir de aquellos informes pedruscos, segun el génio destinado á darles vida? ¿Una obra vulgar, ó una creacion augusta digna de Thorwaldsen ó de Canova? Sois observadores: encontrais una mujer próxima á la maternidad. Segun las instituciones que rijan, ¿qué llevará en su seno aquella mujer? ¿Una existencia oscura, ó acaso los destinos de la ciencia, el porvenir de la industria ó las

futuras grandezas de la pátria? Achicad, si os parece, á la mujer ante estas posibilidades. Ha de formar el corazon del niño; ha de asistir á los primeros destellos de su inteligencia; ha de esparcir en aquella alma candorosa la semilla de todas las purezas; el deber, los sentimientos morales, el amor al trabajo, el instinto de la libertad, los rudimentos de la cultura del espíritu, que despues completará la escuela. Quien hace esto, quien tiene que hacer esto, ¿participa ó no participa de toda la vida moderna? Digo más: ¿cabe en el mundo otra participacion ni más grande ni más fecunda?

Es una obra de iniciacion completa. Para perfeccionarla, piden algunos que la ley civil iguale algo más en la familia los derechos de la madre con los del padre; piden asimismo que sea más fácil el acceso de la mujer á la instruccion secundaria y aun á ciertos ramos de la superior. Pero no es este el terreno donde se agita más vivamente la lucha sobre la participaciou de la mujer en la vida moderna. El terreno es otro: la cuestion magna es la competencia ó incompetencia de la mujer para la industria y para la vida política.

La competencia de la mujer para la industria la ha resuelto nuestro siglo, de plano y con escasos miramientos. Ha llevado la mujer á las fábricas; la ha dedicado á rudas faenas; la ha dado salarios muy inferiores á los de los hombres, en igualdad de circunstancias; ha puesto su virtud en grave riesgo con el roce de los talleres. Francamente: ¿hay ó no hay aquí un vicio de organizacion profundo, que conviene corregir á todo trance, no por la accion del Estado, que considero ineficaz, sino por la propaganda de mejores doctrinas? Con tanto como se ha escrito y se ha declamado sobre la operaria, ¿cómo es que no nos hemos fijado en una contradiccion que encierra este solo nombre? Penetrad en el fondo de la industria contemporánea. No hablo de las artes menudas, porque estas han existido siempre. Hablo de la verdadera industria moderna: de la grande industria. Cuatro son los caractéres que la distinguen: la inventiva, la empresa, la direccion del mecanismo, la fuerza bruta. ¿Para cuál de estos caractéres tiene la mujer aptitudes naturales? ¿Para la inventiva? Ninguno de los grandes inventos científicos ó industriales ha sa-

lido de la mujer; no ha inventado el álgebra, ni el telescopio, ni la imprenta, ni la máquina de vapor, ni la hiladora mecánica, ni el gas para el alumbrado, ni ninguna de las múltiples aplicaciones del fluido eléctrico. ¿La empresa? ¿Será que la mujer tiene condiciones para dirigir empresas de fabricación? ¿Encontrais muchas mujeres que sepan montar un gran establecimiento industrial; muchas que puedan ponerse al frente de él; muchas que sirvan en una fábrica como maquinistas? ¡La fuerza bruta! ¿Os atreveréis á citar á las mujeres como auxiliares poderosos de la maquinaria? Luego, si por necesidad teneis que ir eliminando de la mujer la inventiva, la empresa, la direccion mecánica y la potencia de la fuerza animal, ¿qué es lo que le queda? No le queda más que la simple obra de mano. Y aquí resalta la contradiccion de que antes os hablaba. La obra de mano es la parte más pobre, la más elemental y la ménos espiritual de la industria contemporánea; y precisamente esta parte ménos espiritual la reservareis á la mitad más noble, más fina y delicada de nuestra especie. Direis que, por este camino, llegaremos

á la anulacion industrial de la mujer. No lo creo yo así. Apartadla de los talleres; la quedan las industrias domésticas. Retíradla de las fábricas; todavía participará de ellas encargándose de hacer robusto al operario. Separadla de las máquinas; y, si no cobra salario, procurará emplear bien en casa el de los hombres, que es la mejor manera de que ellos lo ganen con provecho. (*Aplausos.*)

Esto digo de la industria; ¿qué diremos de la política? La inmixtion de las mujeres en la política de un país tiene un grave inconveniente; y es el ridículo en que puede uno caer tomándola demasiado en sério. Sé que en sério y muy en sério la toman algunos que se precian de filósofos; pero, ¿qué sé yo? Hay tambien seriedades filosóficas que tienen el privilegio de provocar la risa. Presentada así, en globo, la intervencion de la mujer en la política, nada tiene de chocante. ¿Sucede lo mismo cuando descendemos al detalle? ¿Aceptaréis sin reparo un régimen social en que las mujeres acudan á los Parlamientos como representantes, discutan y voten leyes, administren justicia en los tribunales, desempeñen Ministerios ó recauden

los impuestos? Por mi parte, os declaro que esto me parece una insigne paradoja; y entiendo que este sistema de hacer figurar á la mujer como entidad política en toda la línea, es tan peregrino, como es peregrino, y raro, y maravilloso el sistema de ciertos pueblos que, en política y administracion, no reservan á las mujeres más que dos posiciones, entre sí bien distantes: un trono ó un estanco.

Sensatez ante todo, señores. Ciertos derechos políticos, ¿por qué se han de negar en absoluto á las mujeres? El sufragio, por ejemplo. El sufragio es la personalidad, y personalidad tiene la mujer; y hay algunas situaciones en su vida, cuando es mayor de edad, ó viuda, ó madre de familia, en que ha de aceptar grandes responsabilidades. Dad garantías á esta responsabilidad, y sepa á lo ménos quién da la ley, y cómo, y cuándo, y por qué se da.

Suponed que no concedéis á la mujer más accion directa en la vida política que el sufragio. ¿No le queda todavía una accion indirecta que ejercer? ¿No tiene medios de participar de ella? (Y vuelvo aquí a la palabra par-

ticipacion, que repito de intento, como mi frase favorita.)

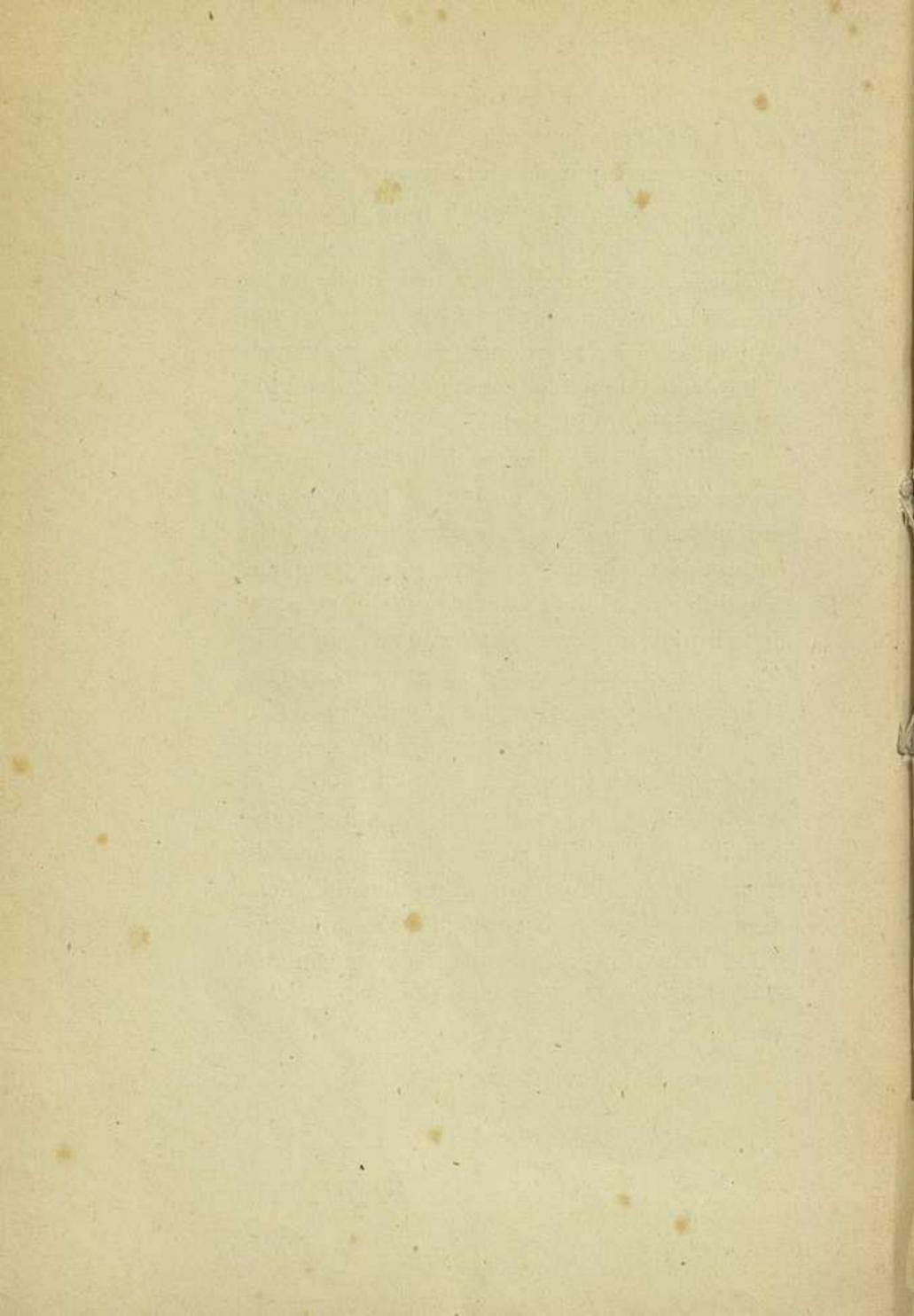
Tomad ejemplo de las clases acostumbradas de antiguo á gobernar, y principalmente de aquella que suele ejercer en las mujeres una influencia más poderosa. Cuando la política de un país marcha á gusto de esta clase, no lo dudeis: la nulidad de las mujeres para la política, será un axioma indiscutible. Que hayan cambiado las cosas de aspecto, y el axioma habrá dejado de ser axioma. Si la clase á que me refiero cree amenazados sus intereses materiales; si se trata de hacerle competencia en ciertas propagandas y en ciertas doctrinas, descuidad: inmediatamente hará de la mujer, no un agente, sino un instrumento ciego de una política determinada. Dentro de la familia, la convertirá en un torcedor perpétuo de la conciencia del marido; la llevará á las reuniones públicas para que firme exposiciones ó para que deposite su óbolo al pié de suscripciones ruidosas; y, si es menester, la lanzará al aire libre, y vistiéndola el sayal del penitente, la hará recorrer calles y plazas, para obtener aquel efecto dramático que hiere la imagina-

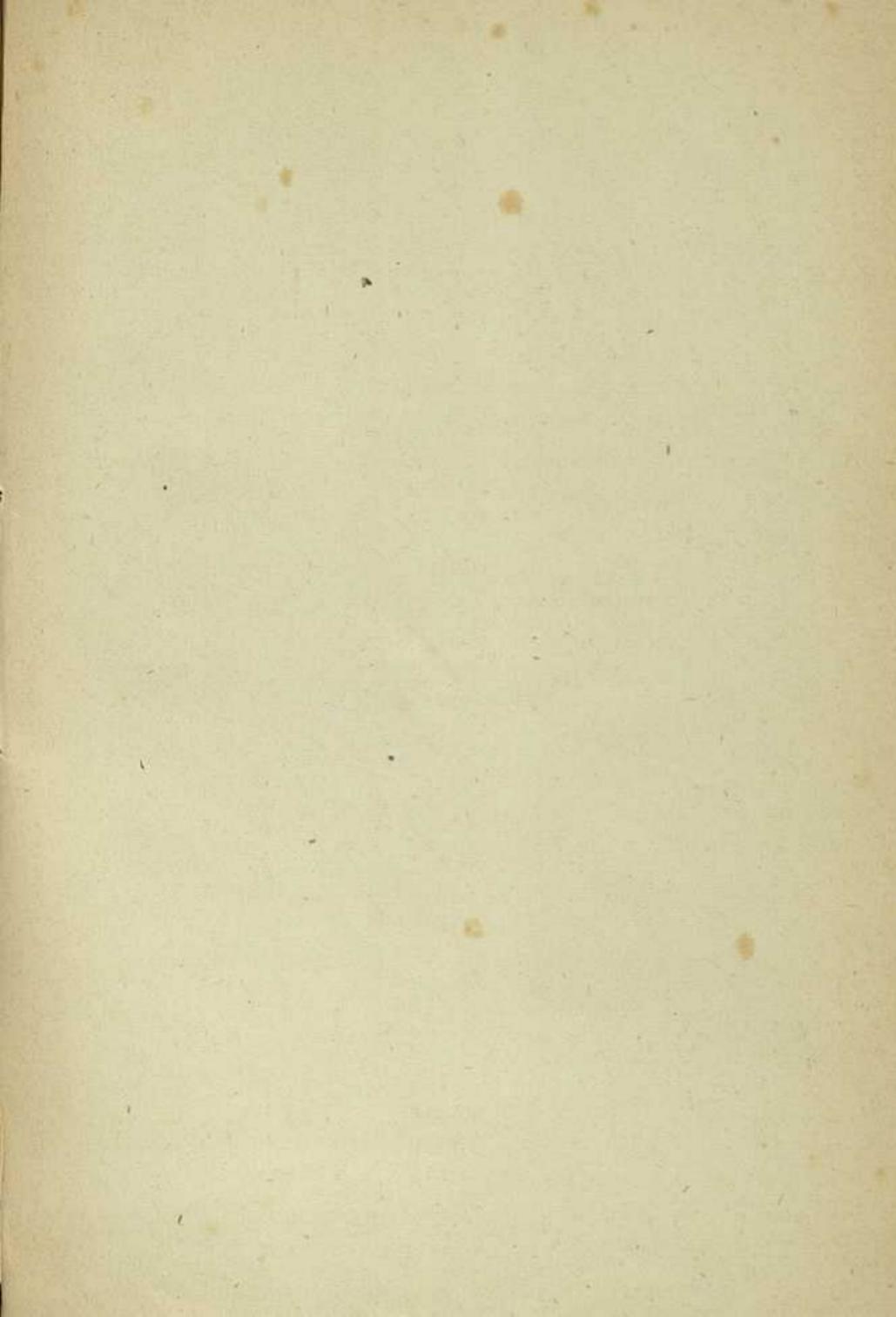
cion y arrastra las voluntades. Pues, esto que hace tantas veces una sola clase social en provecho de sus intereses especiales, ¿por que, aparte lo que tenga de ridículo, no lo ha de hacer la democracia en provecho del interés general del pueblo? (*Muy bien.*)

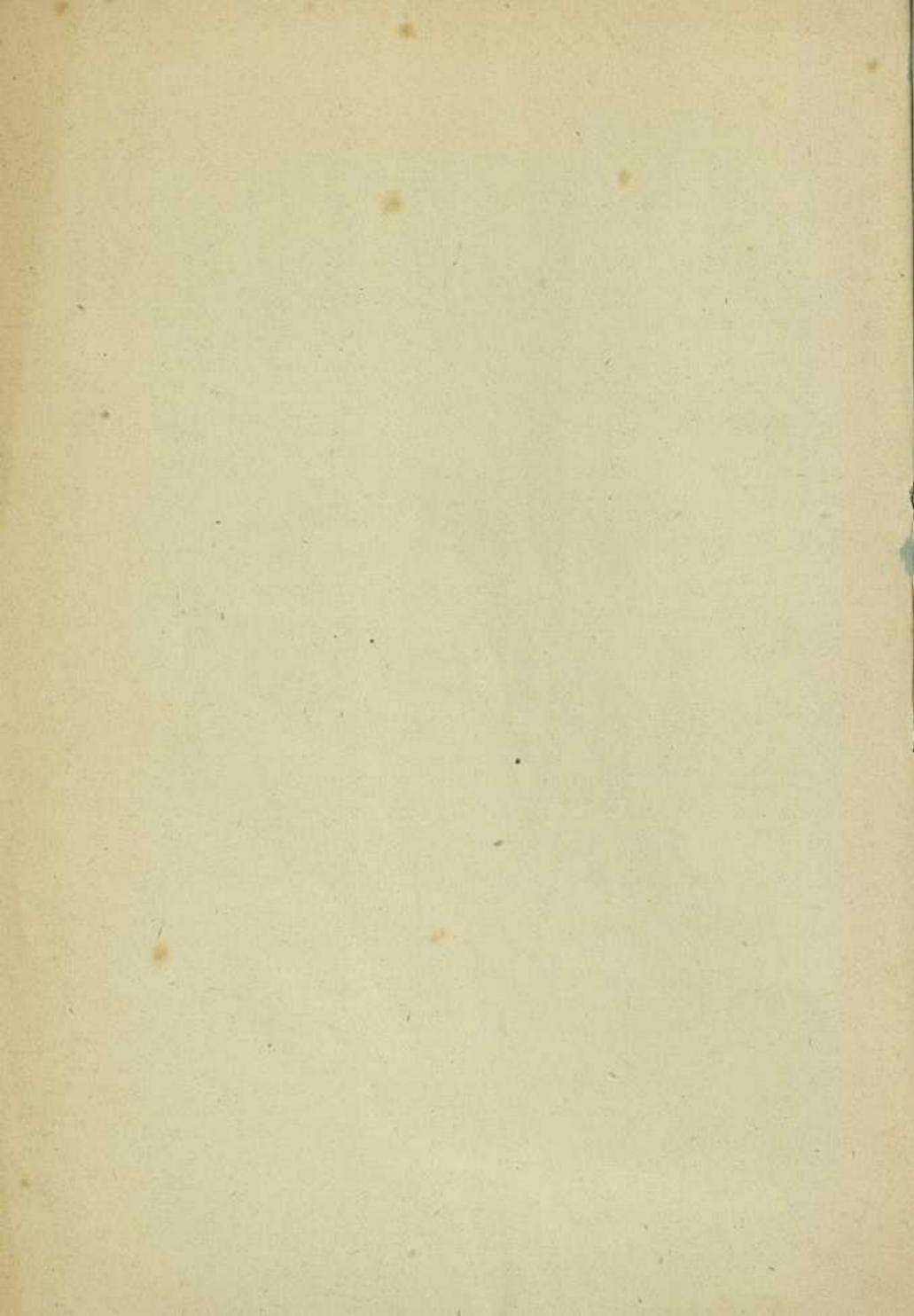
Un ejemplo y no más, porque el tiempo apremia, y ha llegado el momento de concluir. Durante unos meses ha estado en nuestro país sobre el tapete la abolición de la esclavitud en Cuba. La cuestión, ante todo, es social; pero circunstancias que no es del caso referir, hicieron de ella una cuestión política. ¿Qué inconveniente había en que en esta cuestión política hubiesen tomado una parte de consideración las señoras españolas? Ninguna causa podía serles tan simpática como la abolición; ningún crimen era tan repugnante á sus ojos como la esclavitud: en lo moral, el sarcasmo; en lo social, la barbarie; en lo político, una amenaza; en lo económico, una explotación insensata; para el amo, la tentación; para la esclava, la afrenta; para el negro, el martirio; para la hija del negro, la pérdida; y, bajo el punto de vista cristiano, la burla más sangrienta

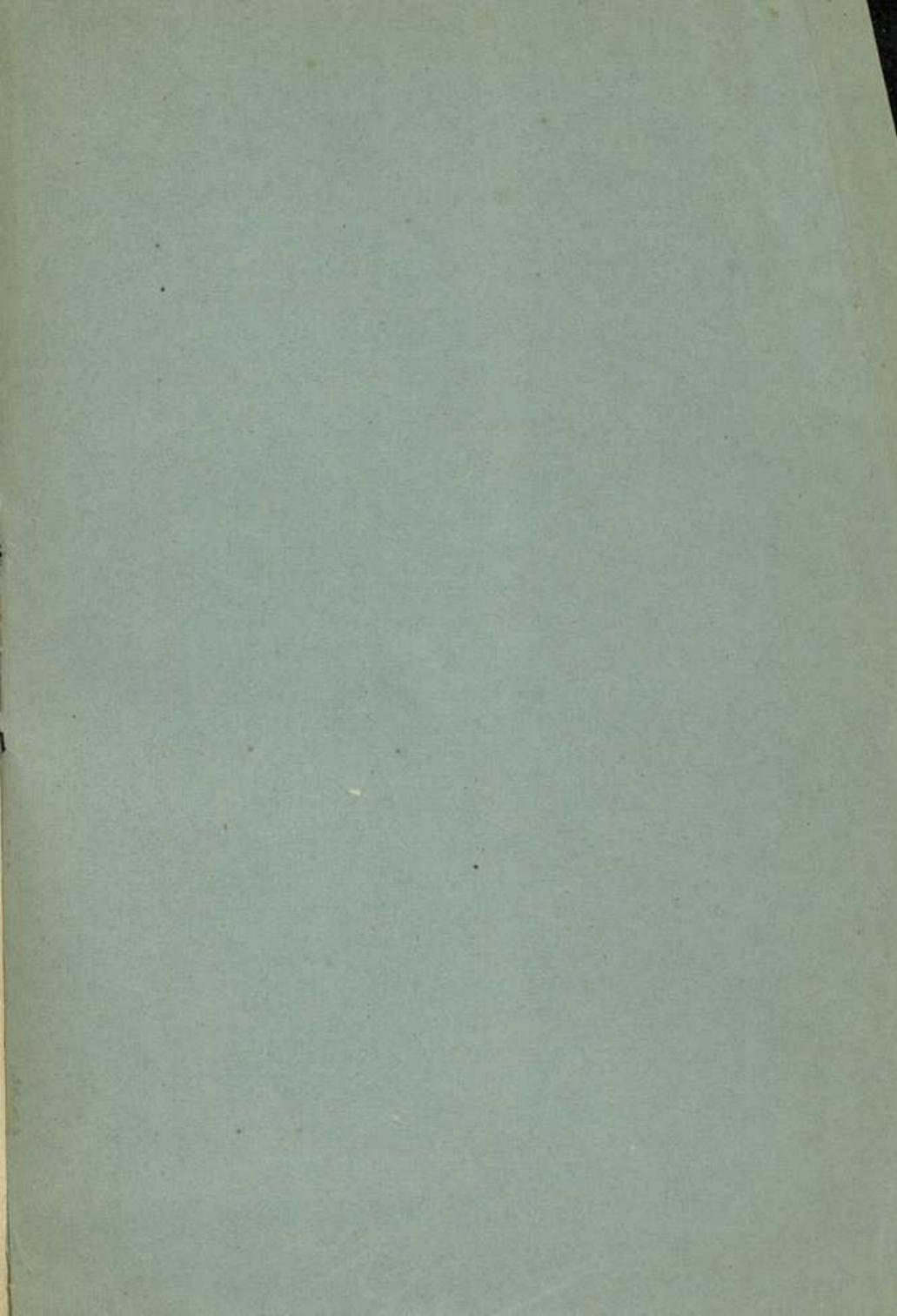
de los sublimes preceptos evangélicos. ¡Qué hermoso espectáculo hubiéramos dado á Europa si nuestras damas más elegantes, bien penetradas de todas estas maldades, hubieran acudido, para arrancarlas de nuestro suelo, con sus súplicas á las Córtes; con su palabra á las reuniones; con su amargura al corazon del pueblo; con sus lágrimas á los altos poderes del Estado!

Ni una palabra más; lo dicho basta. No es necesario desnivelar los sexos para que la mujer sea en la vida moderna, y sobre todo en la vida moderna, una verdadera potencia. Esa dulcísima llama que arde en el corazon de la mujer, empezad por levantarla hácia lo alto; pero cuidado despues de esparcirla sobre la haz de la tierra, para que lo purifique todo: al hombre con el amor, la familia con sus ternezas, el trabajo con sus consuelos, el arte con sus inspiraciones; y hasta, si quereis, llegará á purificar la difícil ciencia de gobernar, sustituyendo á la política de cálculo, de intereses y de conveniencias, otra política más noble: la política de sentimiento.—He dicho. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)









BIBLIOTECA CIENTÍFICA.

OLMEDILLA.—Glorias de la ciencia.....	8	rs.
—Historia general de los desinfectantes...	8	»
—Estudios sobre higiene popular.....	8	»
—Estudios histórico-científicos de interes general.....	8	»
H. HELMHOLTZ.—La óptica y la pintura..	4	»
HARTMANN.—La religion del porvenir..	12	»
SERRANO.—Estudios sobre la célula.....	8	»
—Los derivados del protoplasma.....	8	»
E. NAVILLE.—Teoría de la vision.....	4	»
C. VOGT.—El origen del hombre.....	4	»
E. CARO.—El pesimismo en el siglo XIX..	8	»
DOMET DE VORGES.— El reino humano..	4	»
HERBERT SPENCER.—La ciencia social..	8	»
RICHET.—Los venenos de la inteligencia..	8	»
—El dolor.—El somnambulismo provocado.	8	»
B. ESCUDERO.—Ensayos sobre economía política, dos tomos.....	36	»
R. BELTRAN Y ROZPIDE.—Historia de la filosofia griega.....	8	»
M. DU BOIS REYMOND.—La historia de la civilizacion y la ciencia de la naturaleza.	4	»
L. ALAS.—El derecho y la moralidad.....	8	»
MAESTRE Y ALONSÓ.—De la mendicidad y la beneficencia.....	8	»
M. MOYA.—Conflictos entre los poderes del Estado.—Estudio político con un pró- logo de D. Gumersindo Azcárate.....	12	»
E. HAECKEL.—Historia de la creacion na- tural, 2 tomos.....	44	»
SEEBOHM.—De la reforma del derecho de genes.....	8	»
BONGHI.—LEON XIII y la Italia, con las tres pastorales del cardenal Pecci y poe- sias latinas del Pontífice.....	12	»
E. REUS.—La biología, estudio critico.....	12	»
A. CALDERON.—Movimiento novisimo de la filosofia natural en España.....	10	»
M. TOLOSA.—El niño: apuntes científicos.	8	»